

ALEYDA MUÑOZ LÓPEZ
Psicóloga-Psicoanalista
Cali

UNIR EL DESEO A LA LEY. UNA PROPUESTA ÉTICA.

I. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

 rientar el deseo a la escucha y al análisis del sufrimiento subjetivo, siguiendo la propuesta de la teoría psicoanalítica, supone un largo proceso de formación que incluye el paso imprescindible por el psicoanálisis personal y la construcción de un saber teórico y clínico que no se logra en la universidad dentro de los programas de pregrado. Cualquiera sea la procedencia profesional de quien aspira a constituirse como analista, sea ésta: psicología, medicina, pedagogía, filosofía o trabajo social, entre otras, desde el comienzo estará enfrentado a persistir frente a circunstancias y dilemas teóricos, no siempre afines a sus propósitos y ello con incidencia en múltiples direcciones de su vida.

Sostener su deseo será en todo caso un proyecto ético -si se entiende por ética, la búsqueda sostenida de la realización del deseo por cada sujeto y en permanente respeto al deseo de los otros- que en principio jalonará su existencia, pero también lo relacionará en muy variadas formas con el entorno social y político. En este sentido, a nuestro modo de ver, el psicoanalista no podrá ser ajeno a los destinos colectivos, porque su trabajo tiene efectos directos e indirectos en la comunidad donde actúa y como ciudadano no le faltan compromisos de gran importancia social.

En el desarrollo de su proyecto, se anudarán entonces aspectos cotidianos y reales de su vida como los medios de subsistencia,



HUGO VAN DER GOES, FLANDES (S. XV)

las responsabilidades que adquiere a medida que define lo que desea, con otros menos tangibles pero de gran repercusión como la incertidumbre, el forcejeo entre la decisión y el temor, los avatares de su análisis, y también las incidencias simbólicas del descubrimiento de una teoría que no lo tiene todo resuelto, por tanto que no le da todas las herramientas conceptuales y que de paso le exige abandonar buena parte de lo que creía saber. Muy seguramente para finalizar, deberá tolerar las insatisfacciones de un empleo que al comienzo será muy ajeno a lo que busca. Este proceso en general, no será muy diferente al de otras especialidades, pero supone algo en particular: nadie como él estará obligado a sujetivar las vicisitudes de la existencia humana, en sí y en el otro y a no ceder en su deseo a pesar de todo.

Este texto, centrará su atención en una dificultad particular, auspiciada por lo que creemos es un problema no resuelto en la teoría psicoanalítica, relacionado con el quehacer del analista, en la perspectiva de una ética que lo concierna: en primer lugar como agente de un proceso orientado al sujeto pero con innegables repercusiones sociales y en segundo lugar como miembro partícipe de la sociedad. Nos parece no resuelto, porque en el discurso psicoanalítico de orientación freudolacaniano, sigue vigente una tajante separación entre la función del analista en la dirección de la cura y su posición frente al malestar en la cultura



ra, como si no se entrecruzaran en la práctica, más allá del dispositivo analítico,¹ en la medida que todos nos constituimos como sujetos gracias al orden cultural.

En tal sentido, si pensamos en la Colombia de hoy, sacudida hasta la médula por conflictos sociales que proceden de una larga historia de inequidad social, facilitada por la fragilidad de su ordenamiento jurídico y la endeblez moral de su clase política, potenciada ésta a su vez por la ausencia de compromiso ciudadano en el control social de la gestión pública; si reconocemos además que la agudización reciente de tales conflictos sociales se relaciona con el auge de actividades ilícitas asociadas al rentable negocio de los estupefacientes, y que ello coloca el país bajo la presión de torpes políticas internacionales, tendremos que admitir un diagnóstico muy crítico para el porvenir de la cultura.

Estas circunstancias aparecerán inevitablemente reflejadas en el radio de acción de los psicoanalistas. Y en el sesgo destructivo del paso al acto, que impera en la resolución del conflicto en Colombia, nos parece urgente la pregunta por la responsabilidad social tanto del analista como del analizante. Al respecto nos interrogamos, ¿se puede pensar que el psicoanálisis no quede al margen de los problemas sociales que generan una "violencia bruta" y que los analistas aporten a la resolución de los mismos, desde una posición diferente a la de encontrar sentido en los dramas del sujeto o en los fenómenos sociales?, ¿el efecto de la dimensión simbólica, previene de forma consistente la trasgresión a la Ley?, ¿es posible considerar otra forma de aportar a la cultura, diferente al intervencionismo de la psicología del Yo?, ¿hay una ética en el psicoanálisis?

Elegimos hacer un recorrido exploratorio por la filosofía, para entender los cambios ocurridos en el tema de la ética, sobre todo la transición de la moral del sujeto autónomo a la ética discursiva, y para seguir el rastro a nociones muy próximas al psicoanálisis que parecen tener vigencia en algunos textos de filósofos contemporáneos². Después de hacerlo nos preguntamos si las divergencias entre el pensamiento psicoanalítico y el filosófico, por ejemplo respecto a la noción de sujeto, siguen vigentes, o si por el contrario se han permeado las fronteras cuando los hechos obligan a decantar afirmaciones que por mucho tiempo se consideraron como irrefutables.

Las preguntas mencionadas y otras relacionadas con lo que se ha

1 Para la fecha, octubre del 98, se anuncia el seminario Política del Psicoanálisis y Psicoanálisis de la Política, con el Dr. François Leguil como expositor, dentro de las actividades de la Maestría: Psicoanálisis, Cultura y Vínculo Social de la Universidad de Antioquia. De indudable importancia para el medio psicoanalítico. Pero nos queda la duda de poder apropiarse el discurso francés ilustrado, para entender la singularidad de la "política y la democracia" colombiana, en muchos aspectos premoderna.

2 El ciclo de conferencias de la Cátedra Manuel Ancizar denominado: Modernidad y Teoría Crítica, dictadas por los profesores Ruben Jaramillo y Guillermo Hoyos, fue una excelente ayuda para aproximar una visión de conjunto y para entender las modulaciones del pensamiento en relación a la ética, habida cuenta de mi condición de aprendiz en el conocimiento filosófico. Así mismo, varios textos publicados por la Revista Colombiana de Psicología en números anteriores, que por su importancia son referencia obligada en el tema de la modernidad.

llamado, "el mundo de la vida", de la cual participa también el psicoanalista, nos conciernen y suelen quedar ensombrecidas por el despliegue conceptual más próximo a la abstracción estéril o al delirio teorístico. Pretendemos mencionarlas desde la perspectiva de la ética en su doble incidencia: sujeto y sociedad, buscando con ello finalmente contribuir a la discusión de temas que la dirección de la Revista Colombiana de Psicología ha querido promover: Psicología, Ética y Derechos Humanos.



II. EL DESEO Y LA LEY

Sostener el programa de formación para asumirse como psicoanalista supone por tanto algo más que el interés por un área del conocimiento, algo más que el empeño de adquirir una profesión, algo más que dilucidar dramas subjetivos, algo más que encontrar soportes en filia-ciones corporativas, muchísimo menos que ofrecer bienestar o curación. Si seguimos a Freud en "Análisis terminable e interminable", y a Lacan en "Función y campo de la palabra" podríamos afirmar que supone ante todo asumir la condición de sujeto, esto es: que estará por siempre en falta, que su condición de hablante lo divide y que su destino final es la muerte. En su práctica como analista el conjunto de su saber, le debe permitir ocupar la posición adecuada para que otros también puedan asumirlo, y sostener su deseo; será un proyecto ético, en tanto signifi- que, volviendo a Lacan unir su deseo a la Ley.

¿Pero qué puede (¿debe?) entenderse por Ley? En las sucesivas formulaciones de la teoría, quien busque una respuesta encontrará opciones: la que prohíbe el incesto, es decir, la que surge después de la muerte del padre; o la que prohíbe exterminar al otro o comérselo que también puede ser inferida del pacto fraterno; o la que surge del significante en su condición de hablante, que revela sin que se lo proponga, el deseo de su ser, o mejor, que es un ser de deseos. O la que trasmite (¿impone?) la palabra del Otro, llámese éste Dios, padre, Freud, Lacan, o en el discurso filosófico Aristóteles, Spinoza, Kant; o la que sostiene el ordenamiento social en cada nación. ¿Una sumatoria de todas?

Pero más allá de la subjetividad, en el ámbito social podemos indagar cómo se trazan fronteras entre ley y normatividad social, cuando compromete al sujeto y su deseo en relación a otros, llámense éstos parientes, analizantes, conciudadanos. O en otras palabras, para el tema que nos ocupa, cómo este sujeto-analista se inserta en la sociedad y a partir de qué construye (¿elige?) referentes éticos para guiar sus acciones. ¿Podrá colocarse al margen de las transformaciones de la cultura bajo la premisa de estar imposibilitado para educar, gobernar y analizar, como decía Freud?, ¿y en éste mismo sentido, su vida personal, que seguramente reflejará los avatares de su condición de sujeto, ¿puede proponerse independiente de la normatividad social bajo la premisa de que no será modelo de nada ni de nadie? ¿En otro orden, a medida que

trascurre el análisis, se desestructuran ideales con efectos de desanudamiento de los registros: real, simbólico e imaginario; ¿cómo entonces reacomodar con anclajes que favorezcan la cultura?

No tenemos respuestas. De nuevo nos encontramos con la singularidad de cada sujeto. Pero si tal sujeto vive en Colombia, supongámoslo egresado de un departamento de psicología -en vías de asumirse como analista y que en aras de la subsistencia desempeña un cargo-, quien trabaja con la comunidad como docente, o psicoterapeuta, o investigador o asesor de instituciones, ¿qué responsabilidad social asume? Si recibe padres de familia que desean entender las dificultades de los hijos, respecto al saber, al acatamiento de normas, a la expresión de sus afectos. Si tales sujetos desconocen las repercusiones de su propia neurosis en el entorno familiar y la importancia de la norma razonada al lado del establecimiento de límites, si no disponen de las condiciones para emprender un análisis personal, ¿puede eximirse de orientar la reflexión con fines educativos? Si orienta sistemas penitenciarios ¿que noción de ley y de norma defiende? Si el caso en consulta se relaciona con familias cuyos padres están involucrados en actividades ilícitas, ¿puede abstenerse de mostrar el horizonte de la cultura? ¿Cómo relacionar la ética del deseo subjetivo con la ética de fines sociales?, ¿a qué noción de bien apelar, la del grupo social o la del sujeto? ¿Cómo conciliar con la imposibi-

lidad de ser Amo o el responsable de los actos del otro?

En este punto es donde creemos que se entrecruzan de modo muy conflictivo, para quien debe decidir sobre sus acciones, el saber psicoanalítico y su condición de miembro partícipe de la sociedad humana. Porque si una cultura naufraga bajo la tormenta de la pulsión sin límites, en los casos mencionados no nos parece razonable eludir la posibilidad de la educación, y al contrario, permanecer siempre en silencio para inducir la interrogación y la reflexión autónoma³. Por otro lado, encontrarse, permanecer ausente de los destinos colectivos, no dejar saber, porque no hay esperanza de convivencia ordenada, porque no hay bienes universales que atemperen, porque no se puede prometer, ni redimir, ni dirigir, parece una posición instalada para favorecer el goce y no en el deseo.

En nuestra opinión, más allá de ciertas objeciones que podrían hacerse a este razonamiento en palabras de Freud y Lacan, como la angustia social por efecto de la culpa; más allá de la imposibilidad del bien universal o del conflicto individual que genera la búsqueda del bienestar, cuando entra en choque con la normatividad y produce consecuencias bien de goce o de relanzamiento del deseo; más allá de la omnipotencia y de la posición de Amo, incluso, por qué no decirlo, más allá del fantasma, tan común en algunos intelectuales del resurgimiento de una moral ligada a principios absolutos similares



a los que instauraron la Inquisición, debe ser posible pensar en una ética laica que auspice la solidaridad, el respeto, el reconocimiento discursivo sin menoscabo de la libertad y la vigencia de las diferencias.

En términos freudianos, debería ser posible que el psicoanálisis repensara su posición frente al "espíritu de los tiempos", que por ahora urge una ética que acorte la distancia entre el sujeto y la sociedad.

III. DE KANT A FREUD

En 1784, afirmaba Kant: "La Ilustración es la salida del hombre de su condición de menor de edad de la cual él mismo es culpable. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no radica en una falta de entendimiento, sino de la decisión y el valor para servirse de él con independencia, sin la conducción de otro. *Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! es pues la divisa de la Ilustración"⁴. Suponía entonces que el hombre, a partir de su capacidad para razonar, podía acceder a una autonomía moral que lo haría responsable de sus acciones y que le permitiría establecer una distancia del Otro como guía. De modo implícito se supone también que el hombre está constituido como unidad, como si existiese identidad entre el sujeto del enunciado y el de la enunciación. En estas condiciones, el uso de la razón justificaría las decisiones del individuo que bien puede ilustrarse a sí mismo, si se lo deja en libertad.

A partir de tales premisas, también diferencia el uso privado y el uso público de la razón, reconociendo restricciones a la libertad cuando se actúa en representación del Estado, de una institución o cuando sus actos trasgreden un orden que beneficia la comunidad, porque la posibilidad de progreso de la sociedad no puede ser obstruída.

Reconoce la importancia de la libertad de conciencia y de pensamiento, pero también señala la obediencia al orden social, aunque se utilicen los procedimientos permitidos para manifestar discrepancia.

Este texto de Kant se produce en los albores del pensamiento moderno en Occidente, que ya no se respalda en explicaciones trascendentes del mundo, que supera lo dado y natural y que da curso a una voluntad de transformación y dominio del entorno. Tal desprendimiento del Otro se refleja en un creciente desarrollo de la ciencia, de las manifestaciones artísticas, y en mayor autonomía moral. Los efectos en todo orden pare-

3 Excluimos por supuesto de esta inferencia, la cura de un analizante adulto o en formación analítica, por razones técnicas y teóricas que compartimos. Así mismo el abordaje de la psicosis en niños. Pero nos preguntamos si resulta indiferente, si al final del análisis el sujeto es menos ético.

4 I. Kant.: Respuesta a la Pregunta : ¿Qué es la Ilustración?. En Modernidad Modernización & Trabajo, Revista Colombiana de Psicología, Depto. de Psicología, U.N., No. 3, MCMXCIV p.7.

cen favorecer una cultura universal siempre en vías de emancipación y el pensamiento social se orienta a la dimensión de las acciones y de las instituciones sociales. La ciencia propone el desplazamiento del sujeto como condición para producir verdades generales, bajo la ilusión de objetividad en el proceso de conocimiento, y la tecnología modifica las actividades cotidianas y de producción. Así mismo se modifican la existencia individual y la vida social, los sistemas de significación y valores.

Este mínimo y apretado resumen de la modernidad, sólo pretende contrastar en términos amplios el sentido de acontecimientos posteriores que dieron paso a una visión menos optimista de la función de la razón y que de alguna manera auspiciaron los descubrimientos de Freud. Porque no es gratuito que la noción de inconsciente, -detectado en las fallas del supuesto control racional, en las distorsiones de la expresión verbal y en los matices multiformes del deseo- produzca el efecto de poner en cuestión la imagen del hombre como unidad de conciencia y que plantee contra la noción de constante progreso cultural, la recurrencia de una tendencia a la destrucción tan fuerte como la tendencia a la vida. No en vano también, el desarrollo de la ciencia y de la técnica dieron paso al perfeccionamiento de las armas potenciando el deseo de poder y de expansión de las naciones y, en otro orden, la modificación de los referentes normativos desató la capacidad de odio y de aniquilamiento que Freud presenció y padeció en la primera guerra y en los comienzos de la segunda.

Otras inferencias conducen en igual sentido. A nivel del sujeto y de su ingreso en la comunidad humana, la exploración freudiana encontró que los avatares de la convivencia llevan la impronta de la cultura, transmitida de modo muy singular en la relación con el otro, que interviene para reconocer, proteger, ayudar, educar, impulsar, etc., a partir de las modulaciones del deseo y de las vicisitudes de su estructura subjetiva. Indagar el síntoma en el individuo, le permitió entender la significación del otro y la vigencia de un sistema de codificación y metaforización -no siempre accesible al control racional- muy útil para camuflar y tolerar lo real. Estos factores considerados puntuales en la construcción del sujeto, que tienen efectos posteriores en el entorno social al que el sujeto ingresa, ilustraron acerca de la complejidad de la interrelación humana, pero sobre todo explicaron su talante movedizo y conflictivo, ocasionado en parte por el forcejeo entre las aspiraciones individuales y la normatización que demanda la cultura para asegurar el bienestar colectivo.

La dimensión de lo descubierto llevó a Freud, muy al final de su vida, a decir que "la ética se dirige a aquel punto que fácilmente se reconoce como la desolladura de toda cultura"⁵, como si concluyese que los efectos de la castración no fuesen los esperados. Lo entendemos también como el punto de quiebre, de derrumbe de muchas expectativas teóricas



sobre "lo humano" y las culturas. Se avanza en el conocimiento, con resultados notorios en la ciencia y en la tecnología, pero las normas que regulan la convivencia no pueden detener la inequidad social, el uso abusivo del poder y las guerras. El resurgimiento de la hostilidad especular gravita en las relaciones más próximas y con los otros, aquellos que parecen lejanos y diferentes, se cometen crímenes de lesa humanidad, se expulsa condenando al desarraigo a poblaciones enteras por razones religiosas, económicas o políticas. En otras palabras, se desconoce la necesidad de encontrar mayor equidad social, la importancia de la diversidad étnica, la trascendencia de la polifonía discursiva y la riqueza de la diferencia en la relación intersubjetiva.

Es una paradoja con efectos trágicos, el bautizo cultural nos saca de la desvalidez como vivientes, pero conservamos los motivos para conspirar y erosionar la cultura.

Los acontecimientos nos obligan entonces a revisar las aspiraciones. ¿Ha fracasado la Ilustración?, ¿es difícil la mayoría de edad, en una sociedad como la actual, dos siglos después de Kant?, ¿individuos ilustrados o psicoanalizados pueden ser mejores miembros de la sociedad civil? ¿Tienen razón Freud y Lacan cuando afirman que no hay progreso, que la pulsión en su continuo fluir enmarcará la vida social y que es imposible "amar al prójimo como así mismo"? ¿Podemos aproximar el psicoanálisis a los planteamientos de la posmodernidad?

N o s

5 S. Freud, El malestar en la Cultura. Obras Completas. Vol. XXI. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, p.137.

parece que el análisis de la teoría a partir de los hechos, debe conducir a proponer nuevos rumbos. El amor a los maestros debe dar margen a la interrogación. También debe ser posible el rescate del otro sesgo de la pulsión, aquel que hace prevalecer el reconocimiento del otro como compañero de ruta hacia la muerte, pero aliado solidario para hacer más amable la existencia. Si la finitud nos iguala, el deseo ligado a una buena vida establece las diferencias y, en el empeño de conseguirla, nos interceptamos inevitablemente con las intenciones de los otros. Es aquí donde la ética tiene pertinencia, la que trasciende del sujeto a los otros, y compromete además a crear y regular el entorno normativo para garantizar condiciones equitativas que favorezcan un bienestar básico para todos y la búsqueda del bien de cada cual.

IV. ETICA DISCURSIVA

Si en Kant un sujeto en diálogo consigo mismo intenta decidir qué normas pueden tener carácter universal, en algunos autores contemporáneos, Apel, Habermas y su alumna Adela Cortina, encontramos una propuesta que orienta al encuentro razonado con los otros, para establecer consensos. Así se tiende un puente, entre el hombre autónomo absoluto en su decisión y los otros que, reconocidos como interlocutores válidos, pueden establecer el diálogo con la intención de encontrar acuerdos mínimos,



que permitan aproximación y concertaciones, pero también respeto en las discrepancias.

No se trata entonces de anular la autonomía del sujeto en la comunidad, sino de ponerla en consideración razonada con los otros: "...resulta imprescindible transformar la filosofía trascendental de la subjetividad en una filosofía trascendental de la intersubjetividad, transitar, en suma, "del Yo al Nosotros", porque para que un sujeto se reconozca a sí mismo como persona, como sujeto de deberes concretos y virtudes, precisa el reconocimiento de otros sujetos en el seno de una comunidad"⁶. Esta afirmación supone morigerar el aislamiento del hombre autónomo, su despotismo como lo llaman otros, para colocarlo en interrelación con semejantes que pueden ser afectados por sus acciones, quienes también pueden pensar, estar de acuerdo o no. Plantea, por otro lado, la posibilidad de la intersubjetividad como tránsito del yo al nosotros, frente a lo cual el psicoanálisis tiene reparos, pero acoge la relación con el otro como el fundamento para asumirse como sujeto, tema en el cual la teoría analítica ha llegado lejos.

No estamos en capacidad de disertar con amplitud sobre tales autores, pero elegimos este punto de aproximación con nociones del psicoanálisis porque resulta afin a lo que intentamos polemizar y a riesgo de parecer eclécticos consideramos la propuesta, porque nos parece además que los grandes sistemas de pensamiento, que parecían tener explicación para todo, han dado paso a la propuesta modesta, al fragmento, al aforismo, a la reflexión de validez tentativa, a la conjetura más que a la aserción. No pretendemos por lo tanto afirmar plena coincidencia. Creemos en cambio que conservan diferencias y vale la pena continuar explorando cómo se permea la frontera.

Leemos entonces, en el reconocimiento del otro como fundamento para la construcción del sujeto y en la prevalencia del encuentro dialogal como posibilidad de conocimiento, puntos de confluencia entre el psicoanálisis y los autores mencionados. Al respecto, conviene recordar la trascendencia que señala Freud a los primeros vínculos, como iniciadores de un proceso que introduce al infante en la cultura, y que dejan las bases en todo orden para su interrelación con los otros. Porque de las dificultades o aciertos en estas primeras relaciones dependerá en buena medida que el resultado sea un sujeto, afín a la convivencia, es decir que demuestra competencia para interactuar con otros, que puede acogerse a normas y códigos que regulan la sociedad, que persigue sus intereses y los defiende razonablemente, que puede reconocer en los otros la posibilidad de defender los suyos aunque no los comparta. Que participa como diría Savater, de cierta "vocación por lo humano" sin menoscabo de su amor propio, es decir, sin pretender fusiones fraternas universales, que asfixian la singularidad, la posibilidad de elegir, de decir no.

En el mismo sentido, conviene recordar el giro que da Lacan a la

6 R, Valls Plana, *Del Yo al Nosotros*, Estela, Barcelona, 1971. Citado por A. Cortina, en *Ética sin Moral*, Editorial Tecnos, Madrid 1995, pp.155.

teoría, cuando propone volver a leer a Freud poniendo el énfasis en la función del significante y su prevalencia en las manifestaciones del inconsciente. Este tema marcó por un buen período su enseñanza y dejó textos puntuales, relacionados con la incidencia de la palabra y el lenguaje en la aparición del sujeto y en su vinculación con el otro y la muerte.

Ahora bien, recordar estos aspectos de la teoría, tiene importancia en este texto por dos razones: la primera de ellas, es que hemos planteado la encrucijada entre ética subjetiva y ética social, para alguien concernido por el psicoanálisis, que en su actividad laboral está situado como agente de cambio social. En nuestra opinión de manera muy directa en los cargos que tienen que ver con la comunidad, y en la privacidad del consultorio cuando recibe padres y niños; de manera indirecta, cuando ejerce en una sociedad como la nuestra y observa pasivo y escéptico su deterioro. Entonces, si asumimos que la expectativa de "la mayoría de edad" está en entredicho, como se propone hace largo rato en los terrenos de la filosofía y si aceptamos que está en juego, a través de las familias y de los adultos que intentan dirigirlas, la definición de nuevos sujetos, o de nuevos ciudadanos merecedores de derechos pero por lo mismo capaces también de responsabilidades, opinamos que vale la pena preguntarse si es viable abstenerse, de mostrar el horizonte que ofrece el orden social y cultural. O si es pertinente marginarse de una labor educativa bajo el argumento de que sólo lo deben hacer los pedagogos, los legisladores, o el Estado, y que tal actividad no compete al psicoanálisis. La revisión de afirmaciones muy categóricas en este sentido, por parte de conferencistas y teóricos actuales, nos parece necesaria. Algunas nociones deben ser interpeladas, ¿cómo esperar el tiempo lógico del inconsciente, en sujetos de rasgos perversos que tienen incidencia en niños y jóvenes y aunque no parezca fácil, a veces quedan en el área de influencia de un psicoanalista?

La segunda razón por la cual evocamos esos aportes de Freud y Lacan a la comprensión del sujeto y del vínculo social, se relaciona con el intento de pensar la propuesta de la ética discursiva, porque se cruza en varias direcciones, la vigencia de la palabra del otro en sus variaciones de orden imaginario, real y simbólico, -factibles en la relación con el otro como lo propone el psicoanálisis- con el otro, semejante humano, reconocido como interlocutor válido en el discurso de la ética contemporánea.

Decimos: en varias direcciones, porque en la teoría analítica, el valor otorgado a la palabra del otro se modifica de acuerdo con el registro que lo dimensiona y ello determinaría también la credibilidad, anudada al respeto y por tanto al acatamiento -o su variante, la oposición-, sobre el trasfondo de idealización que sostiene el menor de edad en los primeros vínculos. En el segundo caso, es decir, en la propuesta de la ética discursiva, el valor otorgado a la palabra del otro a quien se considera interlocutor, debe suponer también el respeto, no tanto la credibilidad pero sí la posibilidad de hacer contrapunto a mis opiniones y acciones y



la tolerancia si en lugar de consenso sólo hay disenso, sin que ello signifique la desaparición de la huella trasferencial, de lo aprendido en los primeros vínculos. Ahora bien, ¿cómo situar el otro del diálogo? ¿Qué referentes normativos modularían la repetición pulsional para facilitar el tránsito al Logos?

Lacan afirmará que no hay comunicación sino ratificación subjetiva; en tal sentido la vigencia de la palabra del otro no se modificaría, mantendría al sujeto en posición de dependencia. La posibilidad de cambio para una posible alteridad, aunque tenga el rasgo del vínculo originario, estará mediada por la fuerza del deseo y el uso de la racionalidad comunicativa como lo propone Habermas, que dispone a salir del ensimismamiento del sujeto para matizarlo con el interés o la *philia* por el semejante. Ello requiere por supuesto de un contexto social que ofrezca las ventajas de un orden cultural, construido por consenso para arbitrar los encuentros y los desencuentros de los sujetos.

Este tránsito del menor de edad, alienado en la palabra del Otro, al Sujeto revelado en su discurso y dispuesto a razonarlo libremente con otros, constituye un paso ético. Es en éste punto de cruce, entre psicoanálisis y filosofía, entre el sujeto y los otros, entre la ética del deseo y la ética social, donde nos parece que puede interpretarse la aproximación del deseo y la ley. Ello debe tener repercusiones en el analista como miembro de la sociedad y debe permitirle criterios clí-

nicos pertinentes en su trabajo.

Sabemos que lo expuesto es un tema espinoso y que en nombre del Estado, o del orden político vigente, o incluso de creencias, que no interpretaciones teóricas, muchas veces a lo largo de la historia, hombres ilustrados han coonestado abusos de poder, torturas, exterminios, y al parecer los psicoanalistas no han sido la excepción⁷. Sabemos también que estas reflexiones interpelan nociones importantes respecto a la teoría y la técnica psicoanalítica, pero, ¿no será pertinente discutir las y reformularlas a la luz de los cambios acaecidos en la sociedad y en la cultura después de Freud, o explorar sus limitaciones en las condiciones del “nuevo mundo” o recordar aquello de la insociable sociabilidad, que nos reconoce en tensión con el otro, pero responsables de convivencia respetuosa, en ámbito discursivo y en deuda razonable con ancestros y descendientes?

Como ya lo insinuamos, la frontera que separa la posición del analista del sujeto participe de la sociedad, tal como Freud y Lacan la proponen, nos parece que debe ser repensada, teniendo en cuenta que los destinos de la cultura no nos son ajenos, y la impronta que recibimos nos beneficia, pero también nos compromete, aunque nada nos proteja del destino. Abrir el diálogo fecundo con otros saberes que han asumido cambios por la evidencia de los acontecimientos también registrados por el psicoanálisis pero asumidos con excep-

ticismo-, puede ampliar horizontes para la teoría psicoanalítica actual Ψ

BIBLIOGRAFÍA

- Botero U.D.: Vida Etica y Democracia. Instituto para el Desarrollo de la Democracia. Servigraphic Ltda. Bogotá. 1995
- Cassirer E.: Filosofía de la Ilustración. Fondo de Cultura Económica. Edit. Presencia. Santa Fe de Bogotá. 1994.
- Cortina A.: Etica sin Moral. Editorial Tecnos. Madrid, 1995.
- Eco U.: Cuando entra en escena el otro. En: Cinco escritos morales. Editorial Lumen. Barcelona 1998.
- Freud S.: El porvenir de una ilusión. Amorrortu Editores. Obras Completas. Vol. XXI. Buenos Aires, 1979.
- El malestar en la cultura. Amorrortu Editores. Obras Completas. Vol. XXI. Buenos Aires, 1979.
- Hoyos G. y Jaramillo R.: Modernidad y Teoría Crítica. Cátedra Manuel Ancizar. Ediciones. Radio Universidad Nacional. Vicerectoría Académica. Santa Fé de Bogotá. 1995.
- Kant I.: Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración? En Modernidad, Modernización & Trabajo. Revista Colombiana de Psicología. Depto. de Psicología. Editorial Universidad Nacional. No. 3, MCMXCIV. Santa Fe de Bogotá.
- Lacan J.: Función y Campo de la Palabra. Escritos I. Siglo XXI Editores México. 1971. La ética del Psicoanálisis. Libro 7. En El Seminario de Jacques Lacan. Ediciones Paidós. Argentina 1988.
- Savater F.: Invitación a la Ética. Editorial Anagrama. Barcelona. 1995. Humanismo impenitente. Editorial Anagrama. Barcelona 1990.
- Trobas G. Ciencia y Psicoanálisis de Freud y Lacan. En Analítica No. 13. Escuela del Campo Freudiano de Caracas. Venezuela 1992.
- Villaroel G.: Anotaciones sobre la cuestión del sujeto. En Analítica No. 13. Escuela del Campo Freudiano de Caracas. Venezuela. 1992.

7 El texto de Jean Allouch, “La etificación del psicoanálisis. Calamidad” ilustra al respecto, pero nos parece polémico en muchos sentidos.



BENVENUTO DI GIOVANNI DE SIENA, ITALIA (S. XV)